rostro de alivio en el pobre ciudadano que cree que leer a Saramago forma parte de los deberes patrióticos de todo buen ciudadano del mundo.

Lo cierto es que el libro de Saramago sobre Jesucristo, que tanto encomia la autora, hubiera sido ahorrado si hubiera simplemente leído a Voltaire. Venir a estas horas de la vida a hacer una biografía humana de Cristo, menos bien hecha que las anteriores (pienso sobre todo, por ejemplo, en Renan o en Papini), resulta cuando menos un despropósito. Pero, en fin. Ésta es sólo mi opinión personal. Admiro mucho y apoyo a Sylvia Galvis y me preocupa que la dejen sin tribuna en la prensa nacional, así como que tenga que asilarse en otro país. "Por difamadora".

LUIS H. ARISTIZÁBAL

Kronfly a la moda

La tierra que atardece. Ensayos sobre la modernidad y la contemporaneidad
Fernando Cruz Kronfly
Editorial Ariel, Bogotá, 1998,
245 págs.

Tal como el autor lo señala en el subtítulo, éste es un libro que reúne casi una decena de ensayos escritos en variados sitios entre los años 1995 y 1997. Todos ellos se relacionan con el tema de la modernidad y la posmodernidad o, como el autor gusta nombrarla, la contemporaneidad.

En el primer ensayo, "Ser contemporáneo: ese modo actual de no ser moderno", se esboza la tesis de la modernidad como algo que constituye una ruptura con la forma como era mirado el momento actual a partir de la ruptura con el medievo. Retomando a Le Goff y a Berman, se establece lo moderno como el avance de la velocidad, de la imposición abrupta y arrolladora de nuevos inventos técnicos, de la ciencia como instrumento de una transformación profunda de la realidad.

El autor cuestiona el enunciado de la posmodernidad o la contemporaneidad en su pugna con la modernidad, a la cual concibe como algo superado, en la medida en que ya no acepta la idea del progreso ni la impronta de los cambios en la economía, la sociedad y la cultura, y en lugar de avanzar retrocede a viejos cultos medievales, quebrando así la consecuencia de la modernidad con el alejamiento de los rezagos religiosos o de otra índole. De hecho, la idea del progreso se cuestiona ante la insurgencia de simbologías que no avanzan sobre los pilares de la modernidad, sino que retroceden en el tiempo, pero se convierten en actuales a partir de su reinvención y su recreación.

Coincidiendo con Pierre Bourdieu, para quien la esencia del neoliberalismo, al que se podría asimilar con el núcleo fundamental de la llamada posmodernidad, el autor señala que gran parte del acervo cultural e intelectual de la posmodernidad o la contemporaneidad consiste en un artificio formado por los intereses más instrumentales del capitalismo, que no han logrado una superación del paradigma de la modernidad, sino que la han sustituido por la fuerza.

El ensayo "El libro, la lectura y el declive del ideal ilustrado" nos arrastra por el sendero de la reflexión anterior, y nos plantea el declive de la Razón Ilustrada en el fin de siglo como un signo de los tiempos. Se construye la idea de la comunicación que logró conformar el relato antes del libro, pero con éste adquirió un dinamismo de gran altura, con la formación del alfabeto, la cultura formada alrededor del texto, su difusión que comenzó a romper las barreras de la comunicación monopolizada por la elite, la democratización de los símbolos, en fin, todo lo que caracteriza a la época abierta por Gutenberg y su máquina prodigiosa, que, como la caja de Pandora, dio origen a todos los "males" de la sociedad actual.

La lectura lúcida y la lectura agónica son dos conceptos que enhebra el autor, en un escalonamiento de la comprensión del texto, a la participación del lector en el mensaje del libro, la necesidad de hacer realidad lo leído y de formar proyectos, ilusiones, fantasías, alrededor de lo leído.

El tercer ensayo, "La congoja del amor finisecular", confronta el difícil tema del amor en el fin de siglo, las transformaciones en la relación de los sexos, el papel que comienza a desempeñar la mujer en los procesos de cambio, el cambio de la mujer símbolo a la mujer signo y los conflictos que genera el desplazamiento de miradas ya tradicionales hacia otras miradas de índole diversa, en todo caso desquiciadoras de un orden que parecía inamovible en la imagen del macho y la hembra. El amor que se expresa en los jóvenes tiene connotaciones de desarraigo de compromisos que no se conciben en la época de una generación ya *demodé,* para usar un término paradójicamente puesto de moda.

Son muchas las facetas que tiene esta relación actualizada de los sexos con relación a lo que se observa en las parejas clásicas de la literatura romántica, como la de Efraín y María de Isaacs, el sueño que perdura y no es efímero.

El ensayo "La desesperanza: alto costo de la razón lúcida" es un nuevo trasiego sobre la senda de la reflexión que trae el del "*Ser contemporáneo*",

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.

por su cuestionamiento de lo realmente transformador y progresivo de la llamada contemporaneidad. Como atrás, el autor toma como punto de referencia, *benchmarking* en el lenguaje empresarial, a Kant y su famosa invocación a la mayoría de edad, que compromete toda la dimensión humana en su historia, su psicología y su ética. Es éste el postulado básico del principio que coloca a la Razón en un pedestal que guía los pasos de las generaciones. El cuestionamiento de la posmodernidad a la Razón termina dando la vuelta a una noria que se repite, y termina volviendo sobre pasos ya trillados, cuando cree que está avanzando.

En fin de cuentas, tal como lo plantea Marshall Berman y Jurgen Habermas, nos quedamos en la modernidad y no atendemos esos cantos de sirena que se convierten con frecuencia en quejidos y nos anuncian una posmodernidad muy fragmentada y caótica. Perry Anderson, en su conocida polémica con Berman, subraya que la modernidad no ha cumplido su ciclo, y que la posmodernidad es más un invento traído por los posestructuralistas, que nunca dejaron de ser estructuralistas. De hecho, los héroes de la posmodernidad no son contemporáneos, sino tan antiguos como Marx o Max Weber, como sucede con Nietzsche, o con Wittgenstein.

En "El sujeto moderno como obra de sí" hay un tema de por sí polémico, además de haber sido llevado y traído por todos los filósofos del Siglo de las Luces, con una resurrección de singulares características ante el desencanto de las metateorías o metarrelatos, a los cuales se les atribuye la eliminación de la subjetividad en favor de los grandes sistemas de corte helénico, hegeliano o marxista.

Con Karl Popper y otros autores como Castoriades o Cioran, el reclamo de la subjetividad ha estado preñado de preconcepciones liberales individualistas. En el seno de todas las ciencias, la economía, la sociología, el arte y la literatura, la filosofía, la pugna entre los metarrelatos y el rescate del Sujeto ha sido una dura confrontación. Pero así como hay totalitarismos de derecha y de izquierda, hay individualismos de izquierda, de corte liberal democrático, y otros individualismos de derecha, que sólo tienen en cuenta, como Tocqueville, el liberalismo, despojado de la idea democrática.

La tensión entre la otredad y el sí mismo se expresa en la necesidad de trascender el sujeto, que en cierta forma ya está trascendido en la propia composición del sujeto, porque él no puede pretender una autonomía y una libertad absoluta per se.

En Shakespeare y en Cervantes, los dos autores más importantes de la modernidad, la identificación del sujeto es un aspecto clave para confrontar al otro, a los otros, a la vida y el mundo circundante. Pero este ambiente sigue siendo la atmósfera en la que se mueve el sujeto, es el hábitat suyo, el caparazón que lo envuelve.

Las ciudades literarias en la modernidad en crisis se evaden de la problemática anterior, y se integran a la discusión ya planteada por Baudelaire, por Berman o Jacobs acerca de la ciudad. El París de Marcel Proust, la Lisboa de Fernando Pessoa, el Berlín de Walter Benjamin, y tantas otras ciudades que han sido recreadas y nutridas de significados diversos por la literatura, pueden acompañarse del Dublín de James Joyce, o el Buenos Aires de Borges.

La transformación de las ciudades de sus viejos edificios y bulevares a las moles de granito y los viaductos es algo que todavía espanta a los escritores, y los obliga a retrotraer las imágenes de lo perdido, que ya ha sufrido el proceso de desgaste, debido al desprestigio que le arrojan los nuevos innovadores urbanos, los ingenieros del concreto y la luz de neón, los de las grandes obras en las que se reúne el público a victorear a los futbolistas.

Estas ciudades, junto con las imaginarias, como la Fedora de Italo Calvino, o la Zenith de Sinclair Lewis, han cambiado también las modas, los gustos, los sitios de reunión y los temas de conversación. Producen ese espécimen del desarraigo que se denomina el "citadino", el ciudadano de la urbe, el troglodita de los rascacielos, que nunca sale de allí y no conoce las flores ni los frutos de la naturaleza, no estima el agua ni el aire, porque para él no tienen ningún valor.

Sigue siendo éste el tema en el siguiente ensayo, "La ciudad como representación", en el que el autor abandona la pluma de la objetividad literaria, la del texto escrito, y se adentra en los recuerdos de Cali, cuando caminaba por sus calles todavía transitables, en las que se vivieron experiencias políticas y culturales de gran trascendencia que ahora están olvidadas. La ciudad ya es otra, distinta y extraña para una retina que todavía conserva las visiones del pasado, y las enfrenta con un presente vertiginoso, frívolo ante los monumentos arquitectónicos, embriagado por la salsa, que cumple el papel que le asigna Martínez Estrada al tango en la cultura bonaerense.

El viejo mito de la cultura latinoamericana, tan caro a Martí, Vasconcelos y Rodó, vuelve a ser tomado en "La summa latinoamericana", en una reflexión sobre la diversidad de la cultura del subcontinente, y la raíz mítica que está presente en su tronco, sus hojas y sus flores. Latinoamérica lucha siempre por conservar su identidad, en medio de la

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.

batahola que arrasa con tantas tradiciones y símbolos del mito original, el de una cosmogonía universal en la que el hombre se confundía con la naturaleza.

En fin, aquí estamos ante un libro de ensayos de un conocido novelista y autor de cuentos, que abandona la ficción para presentarnos las fotografías de su mundo, y de los cambios que él ha tenido, a los cuales él observa con su óptica particular, con algunos grises que expresan su desconcierto ante los cambios tan abruptos, pero nos pone ante un fresco en el que no ahorra la agradable lectura de una prosa bien construida, que nos muestra la riqueza que emana de una vida dedicada al trabajo de las letras.

LIBARDO GONZÁLEZ

Antología con huecos —y remiendos—

El mausoleo iluminado.
Antología del ensayo en Colombia
Óscar Torres Duque
Biblioteca Familiar Presidencia de la República, Bogotá, 1997, 639 págs.

Tal vez el principal mérito de la *Antología del ensayo en Colombia* preparada por Óscar Torres Duque sea la forma provocadora con la que el antologista apuesta por unos criterios de selección. En el estudio introductorio al libro, Torres Duque incluso señala, o quizá habría que decir que confiesa, que uno de los más grandes placeres que puede tener un antologista es el de, a través de la selección que hace, mostrar sus gustos particulares rescatando uno que otro autor olvidado y descabezando a la vez algunas vacas sagradas.

Si mal no recuerdo, en sus épocas de estudiante, Óscar Torres pensaba hacer una antología de la poesía en Colombia cuyo propósito fundamental era darse el gusto de excluir a Guillermo Valencia. Esta antología no es de poesía —por eso la exclusión de Guillermo Valencia no resulta tan notoria— pero otras exclusiones —a las que Torres hace referencia en el prólogo, a veces no sin cierto placer morboso—, resultan reveladoras.

La exclusión en la que Torres se detiene más tiempo —y por la que a ratos parece estar a punto de pedir disculpas— es la de Germán Arciniegas. La razón principal que tuvo Torres para excluir a Arciniegas, según dice, fue que en su obra "hay un evidente propósito divulgador que más bien riñe con la agudeza que debe tener un ensayista", ya que "un ensayista no divulga, se expresa" (pág. XXIII). Como puede verse, detrás de la decisión de excluir a Arciniegas hay una concepción del ensayo que sirve de rasero a la antología y que Torres defiende.

Lo primero que se puede decir de esa concepción del ensayo, a partir de la afirmación sobre Arciniegas, es que Torres considera el ensayo como expresión o, como lo dice en otra parte, como literatura; es decir, "como una creación surgida de una persona que escribe con todo su mundo" (pág. XVII). Si se tiene en cuenta ese criterio, no resulta entonces extraño que Torres elimine a Jaime Jaramillo Uribe —demasiado, académico, dice— a Estanislao Zuleta —descuido formal—, a Luis López de Mesa —rebuscado y pseudocientífico— y a José María Vargas Vila, de quien dice con todas sus letras que "no sabía escribir".

Menos claro queda el criterio para excluir a Rafael Maya, a quien Torres liquida con los adjetivos "superficial" y "relamido" no sin antes decirnos, sin explicar por qué, que este escritor no hubiera aceptado para sí mismo el calificativo de ensayista. La otra exclusión comentada es la de Jorge Zalamea Borda, de quien Torres dice que "en sus miradas panorámicas tiende a perder la realidad concreta", lo que lo dejaba por fuera de la antología, ya que Torres, como lo dice en otra parte, se había puesto como criterio excluir todos los textos que "sólo buscaban mostrar un panorama general de cualquier materia".

No obstante, hay que advertir que en esto último Torres no fue del todo consecuente, como lo muestra la inclusión en la antología del pomposo trabajo de Francisco Posada Díaz titulado "Ideas sobre la cultura nacional y el arte realista", en el que procura pasarle revista a la historia cultural colombiana, empezando por la Colonia y terminando con los años sesenta. La presencia de este ensayo en la antología es desconcertante, ya que —además de ser un panorama bastante general— difícilmente podría ser calificado como el texto de alguien que escribe con todo su mundo debido al esquematismo marxista-leninista de las reflexiones de Posada.

Lo mismo que la presencia de Posada, sorprenden por lo menos dos ausencias que Torres no fundamenta en el prólogo. La primera de estas ausencias es la de la colombo-argentina Marta Traba. Revisando

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.